

EDITORIAL

DROGAS GLOBALIZADAS

La normalización es uno más de los problemas que acarrea el concepto de globalización, pero según donde se ponga, se puede convertir en canallesco. Si a esto le añadimos que lo anónimo siempre es menos impactante para los mortales que lo nominal, el desenlace de este argumento puede llegar a ser demoníaco. En los últimos informes que dio a conocer la ONU acerca de la problemática que envuelve el intrincado y, todavía, desconocido mundo de las drogas, se mencionan cifras de consumidores anónimos a nivel mundial, que ascienden a unos 200 millones de almas que se han visto las caras con alguna droga ilegal. Dicho así, en un mundo que alberga a más de seis mil millones de personas, puede sonar incluso benigno, ya que no alcanzaría ni el 4% de la población y, además, de una población desconocida para la mayoría de nosotros, gentes sin nombre, sin rostro, sin existencia real en nuestro mundo.

El problema se agudiza si empezamos a analizar las cifras desde un punto de vista más realista, porque esos doscientos millones se convierten en más de 600, que de alguna forma estarían implicados, si calculamos sobre la base de una familia nuclear de tres miembros de media. Si lo extendemos un poco más y contamos el entorno social y laboral de cada uno de esos 200 millones podríamos llegar a multiplicar hasta por 10, llegando así a un fenómeno de más de 2000 millones de personas, que se encuentran enredadas, de una u otra forma, en el problema del consumo de drogas, es decir, un tercio de la población mundial. Seamos conscientes de que en estas cifras no estamos teniendo en cuenta a todos aquellos ciudadanos de la aldea global que fuman tabaco a diario –se cifran en más de 1.300 millones– por no hablar de todos los que se encuentran ahogándose literalmente en alcohol, cuyas cifras me permito omitir.

Es duro hasta pensarlo, pero la sociedad de la información, esa en la que estamos integrados todos nosotros, se apresura y se desvive por indicarnos, que beber alcohol moderadamente puede resultar saludable; consumir derivados del cannabis puede ser terapéutico para determinados males del cuerpo; algunos analgésicos, en dosis adecuadas, son beneficiosos para protegernos de males mayores, como los problemas coronarios; drogas, como la morfina, son la panacea para el sufrimiento que nos produce un fuerte dolor o malestar crónico. Se diría, que la información que nos llega, amortigua los desmanes de sustancias que sabemos positiva y demostradamente que son perniciosas para nuestra salud y consiguen ese efecto mágico de normalizar el producto, hasta el punto de que veinte de cada cien españoles piensan que probar las drogas es constructivo, propio e incluso positivo.

Todo esto hace que recordemos novelas estelares, como la de “Un mundo feliz” de Huxley, donde sus moradores tenían el privilegio de contar con la droga de las drogas –el “soma”– para hacer de su vida un lujo de bondades, sin contar con las contraindicaciones que cualquiera de los productos de nuestro mercado real tiene en estos momentos. No olvidemos que cuando se introdujo el tabaco en Europa vino acompañado de un buen puñado de virtudes, como sus beneficios en el tratamiento de la artritis, la jaqueca, el dolor de muelas y el

mal aliento, nada más y nada menos. El tiempo y la evidencia han ido poniéndolo en su sitio, hasta llegar a una actualidad aciaga para su futuro en los países desarrollados, ya que en los que están en vías de conseguirlo, se sigue promocionando y aumentando el número de adictos a la nicotina.

Evidentemente, el efecto de la globalización, consigue que sociedades como la española normalicen el consumo de drogas en un amplio porcentaje y a una gran velocidad. Si preguntáramos, de forma individual y reflexiva, a todos y cada uno de los padres de familia que tienen a su cuidado la educación de hijos en edades de riesgo al consumo, nos encontraríamos, sin duda, con la sorpresa, de que su grado de preocupación es alto o muy alto, con unos índices de miedo que se traducirían, en la negación del problema en el seno de su familia, y todo esto, en contraposición con lo que las grandes encuestas de población nos apuntan. Cuando el fenómeno de las drogas se vivía como un problema social, era porque estaba ligado firmemente a una larga serie de comportamientos que se confundían con la delincuencia, la marginalidad, el miedo al asalto o la integridad física, realidades que hoy han sido erradicadas afortunadamente.

La actualidad más recalcitrante y rabiosa consigue que los ciudadanos se preocupen más de aspectos jugosos de la vida cotidiana, alentados por los medios de comunicación, que parece que inciden más, y con más arrestos, en su calidad de vida; no solamente el fenómeno del terrorismo nacional e internacional como forma de contienda ideológica y asesina, sino aspectos como la inmigración, la vivienda, el paro o la situación política del país, que indudablemente son de importancia, pero que hacen bajar la guardia en contrarrestar el consumo de drogas, hecho que puede ser devastador; y para hacernos una idea, pongámosle nombre y apellidos a cada uno de esos dos mil millones de ciudadanos de la aldea global.

José A. García del Castillo.
Director del INID